

## Discurso del primer ministro Itzjak Rabin al serle otorgado el Premio Nóbel de la Paz Oslo, 10 de diciembre de 1994

Sus Majestades,  
Estimados Presidente y Miembros de la Comisión del Premio Nóbel,  
Honorable Primer Ministro de Noruega, mis co-laureados,  
presidente Arafat y canciller de Israel, Shimon Peres,  
Distinguidos invitados,

Ya que no pienso que exista el precedente de que a una persona le otorguen dos veces el Premio Nóbel, permitidme esta oportunidad para dar un toque personal a este prestigioso premio.

A una edad en que la mayoría de los jóvenes se esfuerzan para descubrir los secretos de las matemáticas y los misterios de la Biblia; a una edad en que florece el primer amor; a la tierna edad de 16 años, me entregaron un rifle para mi defensa.

Ese no era mi sueño. Yo quería ser ingeniero hidráulico. Había estudiado en una escuela agrícola y pensaba que la ingeniería hidráulica era una profesión importante para el calcinado Medio Oriente. Todavía estoy convencido de eso. Sin embargo, me vi obligado a recurrir a las armas.

Serví en el ejército varias décadas. Bajo mi responsabilidad estaban hombres y mujeres jóvenes que querían vivir, que querían amar, y en cambio abrazaron la muerte. Ellos cayeron en defensa de nuestras vidas.

Damas y caballeros,

En mi actual posición, tengo muchas oportunidades de sobrevolar el Estado de Israel, y recientemente otras partes del Medio Oriente también. La vista desde el avión es imponente: mares y lagos de azul profundo, campos verde oscuro, desiertos del color de las dunas, montañas de piedra gris y paisajes regados de casas con tejados rojos y paredes de cal.

También hay cementerios, tumbas que se extienden hasta el horizonte.

Hay cientos de cementerios en nuestra parte del mundo, en el Medio Oriente -- en nuestro hogar, Israel, pero también en Egipto, Siria, Jordania, Líbano. Desde la ventanilla del avión, a miles de pies de altura, las incontables tumbas están en silencio. Pero el sonido de su clamor ha hecho eco desde el Medio Oriente a todo el mundo durante décadas.

Aquí ante vosotros, deseo saludar a nuestros seres queridos -- y ex enemigos. Deseo saludarlos a todos -- los caídos de todos los países en todas las guerras; los miembros de sus familias, que sobrellevan la perenne carga del duelo; los inválidos, cuyas cicatrices no sanarán nunca. Esta noche deseo rendir tributo a cada uno de ellos, puesto que este importante premio les pertenece.

Damas y caballeros,

Yo fui un hombre joven y ahora sobrellevo la carga de los años. En hebreo decimos "naar haiti, ve gam zakanti" [fui hombre joven, pero he envejecido]. Y de todas las memorias que he acumulado en mis setenta y dos años de vida, lo que más he de recordar, hasta mi último día,

son los silencios: el terrible silencio del momento después, y el ominoso silencio del momento antes.

Como hombre militar, como comandante, como ministro de defensa, ordené muchas operaciones militares. Y junto con la alegría de la victoria y el dolor del duelo, siempre recordaré el instante previo a la toma de tales decisiones: el silencio de los altos funcionarios o ministros al levantarse lentamente de sus asientos; la imagen de sus espaldas retrocediendo; el sonido de la puerta al cerrarse; y luego el silencio en el que me quedo solo.

Ese es el momento en el que uno se da cuenta de las consecuencias de la decisión recién tomada: han de morir muchos. Gente de mi nación, gente de otras naciones. Y ellos todavía no lo saben.

En ese momento ellos todavía están riendo y llorando; todavía hacen planes y sueñan sobre el amor; todavía sueñan plantar un jardín o construir una casa -- y no tienen idea de que esas son sus últimas horas sobre la tierra. Cual de ellos está destinado a morir? Quién saldrá retratado en un recuadro negro en los periódicos del día siguiente? Qué madre pronto estará de luto? A quién se le derrumbará el mundo bajo el peso de la pérdida?

Como ex militar, también recordaré siempre el silencio del momento antes: el silencio de las manecillas del reloj en su carrera hacia el futuro, cuando el tiempo se está acabando y en otra hora, en otro minuto, el infierno hará erupción.

En ese momento de gran tensión, poco antes de que el dedo apriete el gatillo, poco antes de que la mecha comience a arder, en la terrible calma de ese momento, todavía hay tiempo para pensar tan sólo: "Es realmente imperante actuar? No hay alternativa? No hay otra salida?"

"Dios se apiada de los niños del jardín de infantes", escribió el poeta Yehuda Amijai, quien se encuentra con nosotros esta tarde -- y cito de su poema:

"Dios se apiada de los niños del jardín de infantes,  
menos de los niños de la escuela,  
y ya no se apiadará de los mayores,  
los deja solos,  
y a veces tendrán que arrastrarse  
sobre la arena candente,  
para llegar a la estación de los heridos,  
sangrando."

Durante varias décadas Dios no se ha apiadado de los niños de los jardines de infantes del Medio Oriente, o de los niños en las escuelas, o de sus mayores. No ha habido piedad en el Medio Oriente por varias generaciones.

Damas y caballeros,

Yo fui un hombre joven y ahora sobrellevo la carga de los años. Y de todas las memorias que he acumulado en mis setenta y dos años, ahora recuerdo las esperanzas.

Nuestro pueblo nos ha elegido para darles vida. Aunque sea terrible decirlo, sus vidas están en nuestras manos. Esta noche, sus ojos nos miran y en sus corazones preguntan: cómo está siendo usado el poder que confiamos en las manos de estos hombres y mujeres? Qué decidirán? En qué tipo de amanecer nos levantaremos mañana? Un día de paz? De guerra? De risas? De llantos?

Cada niño nace de una manera totalmente antidemocrática. Los niños no pueden elegir a su padre o su madre; no pueden elegir su sexo o color, su religión, su nacionalidad o patria. Si han de nacer en una mansión o en una choza, si han de vivir bajo un déspota o en una democracia, está fuera de su voluntad. Desde el momento en que nacen, con los puños cerrados, su destino -- en gran medida -- ha sido decidido por los líderes de su nación. Son ellos los que decidirán si han de vivir cómodamente o en medio de la desesperación, con seguridad o con miedo. Su destino es dado a nosotros para que lo resolvamos -- a los gobiernos de países, ya sean democráticos o no.

Damas y caballeros,

Así como no hay dos huellas digitales idénticas, tampoco hay dos personas iguales, y cada país tiene sus propias leyes y cultura, tradiciones y líderes. Pero hay un mensaje universal que llega a todo el mundo, un precepto que puede ser común a diferentes regímenes, a las razas que no se nos parecen, a las culturas que nos son extrañas.

Es un mensaje que el pueblo judío ha transmitido desde hace miles de años, un mensaje tomado del Libro de los Libros: "Ve nishmartem meod le nafshoteijem -- "Y cuidaréis mucho de vuestras almas" -- o, en términos contemporáneos, el mensaje de la santidad de la vida.

Los líderes de las naciones deben proveer a sus pueblos con condiciones -- la infraestructura, si quieren -- que les permita gozar de la vida: libertad de expresión y movimiento; alimento y vivienda; y lo más importante: la vida misma. Un hombre no puede gozar de sus derechos si no está vivo. Y por eso cada país debe proteger y preservar el elemento principal de su ethos nacional: las vidas de sus ciudadanos.

Solo para defender esas vidas podemos llamar a nuestros ciudadanos a que se enrolen en el ejército. Y para defender las vidas de nuestros ciudadanos que sirven en el ejército, invertimos enormes sumas en aviones y tanques y otros medios. Pero a pesar de todo, fallamos en nuestra misión de proteger a nuestros ciudadanos y soldados. Los cementerios militares en todos los rincones del mundo son un testimonio silente del fracaso de los líderes nacionales en la defensa de la santidad de la vida humana.

Sólo hay un medio extremo para santificar la vida humana. Esa única solución radical es la paz verdadera.

Damas y caballeros,

La profesión militar implica una paradoja. Mandamos a los mejores y mas valientes de nuestros jóvenes al ejército. Los suplimos con equipos que cuestan una fortuna. Los entrenamos rigurosamente para el día en que deban cumplir con su obligación -- y esperamos que lo hagan bien. Y sin embargo, rezamos fervientemente para que ese día nunca llegue -- que los aviones nunca despeguen, que los tanques no tengan que avanzar, que los soldados nunca lleven a cabo los ataques para los que han sido tan bien entrenados.

Rezamos para que nunca ocurra, debido a la santidad de la vida.

La historia en general, y la historia moderna en particular, ha conocido tiempos horribles en que los líderes nacionales convirtieron sus ciudadanos en carne de cañón en nombre de doctrinas malvadas: el infame fascismo, el terrible nazismo. Fotos de niños marchando hacia el matadero, de mujeres aterrorizadas camino a los hornos crematorios, deben estar ante los ojos de cada líder de nuestra generación, y de las generaciones por venir. Deben servir como una advertencia a todos los que tienen poder.

Casi todos los regímenes que no han puesto la santidad de la vida en el centro de su visión de mundo, todos esos regímenes han caído y no existen más. Podéis verlo con vuestros propios ojos en nuestros tiempos.

Pero esto no es todo lo que hay. Para preservar la santidad de la vida, a veces debemos ponerla en riesgo. A veces no hay otra manera de defender a nuestros ciudadanos que luchar por sus vidas, por su seguridad y libertad. Este es el credo de todo estado democrático.

En el Estado de Israel, de donde vengo yo hoy; en las Fuerzas de Defensa de Israel, en las que he tenido el privilegio de servir, siempre hemos visto la santidad de la vida como un valor supremo. Nunca fuimos a la guerra a menos que la guerra nos fuera impuesta.

En la historia del Estado de Israel, en los anales de las Fuerzas de Defensa de Israel, hay miles de historias de soldados que se sacrificaron -- que murieron tratando de salvar compañeros heridos; que dieron sus vidas para no lastimar a personas inocentes del lado enemigo.

En días próximos, una comisión especial de las Fuerzas de Defensa de Israel terminará de redactar un Código de Conducta para nuestros soldados. La formulación referente a la vida humana será como sigue:

"En reconocimiento de su suprema importancia, el soldado preservará la vida humana de toda manera posible y se pondrá en peligro, o pondrá en peligro a otros, sólo en la medida en que le parezca necesario a fin de llevar a cabo esta misión. La santidad de la vida, desde el punto de vista de los soldados de las Fuerzas de Defensa de Israel, encontrará expresión en todas sus acciones'.

Por muchos años -- incluso si las guerras tocan su fin, luego de que la paz llegue a nuestra tierra -- estas palabras seguirán siendo la columna de fuego que irá frente a nuestro campamento, una luz que guiará a nuestro pueblo. Y nos sentimos orgullosos de esto.

Damas y caballeros,

Estamos en plena construcción de la paz. Los arquitectos y los ingenieros de esta empresa están trabajando incluso mientras nos reunimos aquí esta noche, contruyendo la paz, capa a capa, ladrillo a ladrillo. La obra es difícil, compleja, exasperante. Un error podría derrumbar toda la estructura y llevarnos al desastre.

Por eso estamos determinados a hacer bien el trabajo -- a pesar de las acciones del terrorismo asesino, a pesar de los fanáticos y crueles enemigos de la paz.

Seguiremos en el camino de la paz con determinación y fortaleza. No nos detendremos. No nos daremos por vencidos. La paz triunfará sobre todos sus enemigos, porque la alternativa es peor para todos nosotros. Y hemos de prevalecer.

Hemos de prevalecer porque consideramos la construcción de la paz como una gran bendición para nosotros y para nuestros hijos. La consideramos como una bendición para nuestros vecinos en todas las fronteras, y para nuestros socios en esta empresa -- Estados Unidos, Rusia, Noruega -- que hicieron tanto para lograr el acuerdo que fue firmado aquí, luego en Washington y más tarde en El Cairo, que escribió el comienzo de la solución a la más larga y difícil parte del conflicto árabe-israelí: el componente israelo-palestino. Agradecemos también a otros que han contribuido a esto.

Ahora nos despertamos cada mañana siendo gente diferente. La paz es posible. Vemos la esperanza en los ojos de nuestros hijos. Vemos

la luz en los rostros de nuestros soldados, en las calles, en los autobuses, en los campos. No debemos decepcionarlos. No los decepcionaremos.

No estoy parado solo esta noche, es este pequeño podio en Oslo. Estoy aquí para hablar en nombre de generaciones de israelíes y judíos, de los pastores de Israel -- y vosotros sabéis que el rey David fue un pastor; el comenzo a construir Jerusalem hace unos 3.000 años -- los arrieros y cuidadores de los sicomoros, como lo fue el profeta Amós; de los rebeldes contra el "establishment", como lo fue el profeta Jeremías; y de los hombres que zurcaron la mar, como el profeta Jonás.

Estoy aquí para hablar en nombre de los poetas y aquellos que soñaron con el fin de la guerra, como el profeta Isaías.

También estoy aquí para hablar en nombre de los hijos del pueblo judío, como Albert Einstein y Baruj Spinoza, como Maimonides, Sigmund Freud y Franz Kafka.

Y soy el emisario de millones que murieron en el Holocausto, entre quienes seguramente hubo muchos Einsteins y Freuds que perdimos y perdió la humanidad, en los hornos crematorios.

Estoy aquí como emisario de Jerusalem, a cuyas puertas luché en los días del sitio; Jerusalem, que siempre ha sido, y es hoy, la capital eterna del Estado de Israel y el corazón del pueblo judío, que reza mirando hacia Jerusalem tres veces al día.

También soy emisario de los niños que toman sus visiones de la paz; y de los inmigrantes de San Petersburgo y Addis Ababa.

Estoy de pie aquí especialmente por las generaciones venideras, para que podamos todos merecer la medalla que vosotros habeis otorgado a mi y a mis colegas hoy.

Estoy de pie hoy aquí como emisario -- si ellos me lo permiten -- de nuestros vecinos, que fueron nuestros enemigos. Estoy de pie aquí como emisario de las grandes esperanzas de un pueblo que ha sufrido lo peor que la historia tiene para ofrecer, y sin embargo ha dejado su marca -- no sólo en las crónicas del pueblo judío sino en las de toda la humanidad.

Conmigo aquí hay cinco millones de ciudadanos de Israel -- judíos, árabes, drusos y circasianos -- cinco millones de corazones que ansían la paz, y cinco millones de pares de ojos que nos miran con grandes esperanzas de paz.

Damas y caballeros,

Quisiera agradecer, en primer lugar, a los ciudadanos del Estado de Israel, de todas las generaciones y todas las opiniones políticas, cuyos sacrificios y continua lucha por la paz nos traen firmemente más cerca a nuestra meta.

Deseo agradecer a nuestros socios -- los egipcios, los jordanos y los palestinos, encabezados por el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Sr. Yasser Arafat, con quien comparto este Premio Nóbel -- quienes eligieron el camino de la paz y están escribiendo una nueva página en los anales del Medio Oriente.

Deseo agradecer a los miembros del gobierno israelí, pero sobre todo a mi socio, el canciller Shimon Peres, cuya energía y devoción a la causa de la paz son un ejemplo para todos nosotros.

Deseo agradecer a mi familia, que me ha apoyado en este largo camino que he andado.

Y, por supuesto, deseo agradecer al presidente y los miembros de la Comisión del Premio Nóbel, así como al valeroso pueblo de Noruega, por otorgar este ilustre honor a mis colegas y a mi.

Damas y caballeros,

Permitidme terminar compartiendo con vosotros una tradicional bendición judía, que ha sido recitada por mi pueblo en buenos y malos tiempos, como una muestra de nuestro más profundo anhelo:

"El Señor dará fuerza a su pueblo; el Señor bendecirá a su pueblo, y a todos nosotros, en paz".

Muchas gracias.